

¿MONÓLOGO SIN RESPUESTA?

Quizás no me entiendas, quizás no sepas por qué hago esto, por qué he dejado de ser el espectador pasivo para convertirme en el actor protagonista. Apenas hace días que me conoces; sin embargo, ya me entregas todo tu cariño. Me miras con esos pequeños y redondos ojos negros. Parece que no comprendas lo que te digo; sin embargo, sé que tu bondad es mayor a la mía o a la de cualquiera de las personas que conozco.

No sé en verdad cuándo comenzó esta historia, tal vez lo hizo en una pequeña y modesta casa a la orilla del puerto alicantino. Quizás sean estas palmeras, que aspiran a tocar el cielo, las que guardan los secretos de adolescencia y juventud de aquel hombre que conocí, aquel hombre que sembró en mí la semilla de la lucha. Él me entregó un legado, aunque en aquel momento no supiera verlo.

Acaricio tu pelaje marrón canela y tú me respondes lamiendo mis manos. Lo has perdido todo, pero, aun así, ya te has convertido en mi amigo y no me pides nada a cambio. Ni un solo reproche sale de tu boca. Así que, por ti, por mi hermana, por todos aquellos que esperan que le tiendan una mano amiga, he dejado de guardar en un cajón mis fotografías para exponerlas en esta gran explanada. Las expongo sin permiso de ningún gobierno, pero tengo el permiso de la sociedad, del mundo, un mundo que no puede permanecer inerte, inmóvil ante las injusticias que lo están destruyendo y reduciendo a cenizas y a escombros de dolor. En verdad, no es nada nuevo lo que está ocurriendo, los países siempre han sido atravesados por guerras; desde tiempo inmemorial siempre ha habido éxodos y exiliados buscando un lugar mejor y una nueva vida; las mujeres han sufrido la violencia e intimidación de aquellos que se consideraban más inteligentes, poderosos y fuertes simplemente por ser hombres, y los que han tenido la mala fortuna de haber perdido la ilusión y la alegría han sido incluso todavía más acosados e increpados por quienes lo tienen todo en la vida. Por ello me niego a perpetuar este sino que no sé quién ha decidido injustamente para este mundo.

Quizás esto sea un simple monólogo sin respuesta, un monólogo en la oscuridad de la madrugada mientras cuelgo mis fotografías en los troncos de las palmeras de esta explanada alicantina, pero no puedo callar todo aquello de lo que he sido testigo.

El único que me acompaña es mi pequeño perrito, aquel que recogí hace días cuando vi cómo jóvenes de mi misma edad hacían explotar un petardo en la boca de su madre.

Ella tan solo protegía a su cachorro, pero fue el objeto del divertimento injusto de seres sin escrúpulos y que en multitud de ocasiones no sé si merecen el calificativo de humanos.

Mientras coloco estas fotografías, vuelvo a recordar a ese hombre. Nunca desaparecerá de mi memoria, fui un afortunado por conocerlo. No todo el mundo tiene la suerte de conocer a su bisabuelo. Él nunca calló ante la injusticia, aunque muy probablemente nunca sepa quién fue en verdad y todo lo que luchó. Cuando tuve la oportunidad de preguntárselo no lo hice, aunque no me culpo por ello; era demasiado pequeño cuando él marchó de este mundo, tan solo tenía once años, pero aun así nunca olvidaré ese día. Yo ya sabía desde hacía semanas que su corazón se estaba apagando, pero no me hacía a la idea de perderlo; era como ese pilar antiguo, fuerte y que piensas que nunca se va a quebrar. Piensas que tienes todo el tiempo del mundo, pero el tiempo te devora y las preguntas que no hiciste quedan en tu mente, reposando para siempre y las respuestas desaparecen y quedan enterradas. Aquel día sentí una grave punzada en el corazón, por primera vez me enfrentaba a la fría muerte. Salí del colegio pensando que esa tarde él ya se había marchado y así era, pero aun así no podía creerlo. Aunque cuando me di cuenta que ya nunca volvería a pasear junto a él por el puerto alicantino, una chispa de energía atravesó mi cuerpo. Me gusta pensar que fue él quien me dijo que hiciera lo posible por continuar con su legado. Él se iba, su tiempo por muy triste que pareciese se acababa, pero yo era la generación del futuro y debía de cumplir con aquello que los que nacieron a principios del siglo XX no fueron capaces de lograr. En ese momento se me aventuraba una tarea muy difícil, ¿quién era yo para poder acabar con guerras, maltratos, terrorismo y tantas y tantas injusticias? Así que decidí convertirme en un simple espectador.

Mi bisabuelo nació en 1909 en una pequeña casita a las faldas del Castillo de Santa Bárbara y con vistas al puerto de Alicante, la misma ciudad en la que yo vivo. Por sus ojos pasaron importantes momentos e imágenes de la historia que se han perdido tras su fallecimiento, aunque por suerte, algunos de esos recuerdos no han desaparecido por completo gracias a su sutileza al trazar el pincel en un lienzo.

La vida de mi bisabuelo fue azarosa, impredecible, intensa pero dura; en un convulso siglo XX es en el que tuvo que vivir. Quizás si ese no hubiera sido el tiempo en el que transcurrió su historia, podría haberse convertido en un famoso pintor y hoy sus cuadros lucirían en algún prestigioso museo, pero no fue así y sus obras de arte tan solo han quedado expuestas en su hogar. Él era como un periodista de su tiempo, pero con un

pincel en sus manos. Se exilió en Francia tras la Guerra Civil Española, luego vivió en Alemania y tras años de vida aventurada, regresó a España en los años ochenta. Su esposa, mi bisabuela, hacía años que había fallecido en Alemania y él volvió a su país junto con una de sus hijas, mi abuela, y con sus dos nietos, mi tío y mi madre. Me hubiera gustado ser testigo del momento en el que vio la luz de su Mediterráneo de nuevo en esta costa alicantina.

No puedo entender cómo muchas veces somos capaces de olvidar nuestra historia tan rápidamente. Hace más de ochenta años el buque Stanbrook zarpó de este puerto hacia un destino incierto con miles de exiliados a bordo. Hoy llegan a estas costas quienes en aquellos años nos dieron asilo, pienso que les debemos esa oportunidad.

Yo no he heredado la sutileza de mi bisabuelo con el pincel, dibujo demasiado mal como para poder llegar a ser su gran sucesor, aunque, por el contrario, he intentado ser cronista de mi tiempo con mi cámara de fotos siempre colgada de mi cuello.

Sé que la vida está llena de contrastes, que nunca el mundo remará en la misma dirección, que siempre habrá cuevas que superar y obstáculos que la misma sociedad nos ponemos unos a otros. Del mismo modo ocurre con la juventud, el mundo deposita en nosotros la confianza para mejorar el futuro y que cada año que pase este planeta sea el mejor refugio en el que habitar; sin embargo, a veces parezco un extraño entre mi propia generación.

Cuando me siento así, pienso en uno de los cuadros favoritos de mi bisabuelo, ese cuadro que es la imagen de un grafiti en un muro que por fin caía. Cuando el nueve de noviembre de 1989 el Muro de Berlín cayó, mi bisabuelo decidió volver a aquella tierra para no perderse ese acontecimiento histórico y tan esperado, por fin desaparecía el muro que separaba un continente en dos, el muro de la vergüenza. Mi bisabuelo inmortalizó aquella gloriosa hazaña pintando el instante en el que los jóvenes se aglutinaban en ese lugar intentando adornar con su arte urbano y vanguardista las piedras grises que aún quedaban de ese horrible monumento opresor.

Hoy, yo me estoy comportando como un grafitero que pinta muros a hurtadillas en la madrugada. Me gusta que paredes grises sean adornados con colores y frases emotivas, pero odio a quien utiliza ese arte para quitar brillo y esplendor a monumentos que llevan siglos soportando el devenir injusto que nosotros mismos, la sociedad, creamos. Y me

duele ver a quien utiliza esos botes de colores para pintar la casa de su compañero de clase, intimidándolo, haciendo que cada vez se sienta más vulnerable y que crea que no está a salvo ni en su propio hogar.

Ayer encontré a mi hermana a punto de saltar por la ventana; hay quienes le han hecho creer que su vida no tiene futuro. No consigo entender cómo puede haber jóvenes que destrocen el alma de otro compañero porque en sus mentes necias no encajen aquellos que sin ser diferentes son distintos. Mi hermana es inteligente, algo tímida según dicen algunos, pero siempre sonrío, aunque desde hace tiempo esa sonrisa la habían apagado los que se divierten viendo llorar a su igual y no consiguiendo que este mundo sea un lugar mejor.

Así que por ella he dejado de ser un cobarde que tan solo fotografiaba el mundo que le rodeaba, pero sin interceder en cada injusticia. Hoy expongo aquí, en esta explanada, un conjunto de fotografías a las que le he otorgado el nombre de contrastes de la juventud. No intento tirar piedras a aquella juventud que me hiere el corazón por lo que es capaz de hacer, tan solo quiero que ellos mismos se vean reflejados en esos disparos de mi flash, que vean el daño que causan, que somos el futuro de este mundo y que debemos movilizarnos para que todos nosotros tengamos nuestros instantes de felicidad, nuestros recuerdos dulces y la vida que merecemos.

Aquí, expongo por un lado las fotografías que me duele en el alma ver: los jóvenes que asesinaron a la madre de mi pequeño cachorro, una chica abofeteada por su novio, el brillo de la playa eclipsado por un cúmulo de plásticos, uno de los preciosos pinares que atraviesan las montañas de mi provincia reducido a cenizas, mientras el fuego oscurece la destellante luz del cielo mediterráneo, y la que no soy capaz de mirar sin derramar una lágrima, mi hermana llorando tras regresar del instituto.

Y por fin, cuelgo las fotografías de la juventud que admiro, esa juventud a la que apelo y a la que pido que me acompañe en esta lucha incierta que he iniciado: jóvenes cuidando de nidos para que las palomas tengan un lugar donde criar a sus polluelos, decenas de chicas y chicos apoyando una manifestación en defensa de la igualdad de la mujer, voluntarios limpiando al sur de mi provincia la desembocadura del río Segura, un río de plásticos ya, chicos en un instituto intentando que un joven inmigrante se integre en el patio de recreo.

Está amaneciendo, pero continúo teniendo la incondicional y fiel compañía de Skipy, mi pequeño perrito. Hoy voy a despertar en este lugar, prefiero no regresar a casa y ver las expresiones de la gente en sus rostros cuando observen mis fotografías colgadas. Podría haberlas expuesto en un glamuroso salón de actos, pero no busco popularidad con ellas, tan solo remover conciencias. Estas fotografías le pertenecen al mundo porque la sociedad me las concedió y quiero pensar que me las entregó para intentar conmover el alma y el corazón de cada persona.

Antes de que el sol vuelva a brillar en la playa y mirando hacia el horizonte de mi ciudad, vienen a mi memoria las imágenes que hace días vi en televisión, los monumentos de Siria y otros países de Oriente Medio ya no existen, han sido completamente destruidos y con ellos la identidad de un país. Los monumentos no son solo edificios inertes, sino que guardan los recuerdos, la esencia y la historia de los países, sin ellos parte de lo que somos desaparecería de un plumazo, por ello pido que no caigan más bombas sobre los lugares emblemáticos que nos entregaron con su esfuerzo nuestros antepasados. ¿Qué sería de mi provincia, Alicante, sin los castillos que adornan cada pueblo, dotándolos de su verdadera identidad? Esta provincia está surcada por fortalezas enclavadas en poderosas rocas, algunas con forma de tortuga, pero que quizás en el pasado fueron caballos galopados por hábiles jinetes, y por atalayas que se alzan orgullosas cuando paseas junto a ellas. Algún día dejaré de fotografiar las injusticias que ocurren en el mundo para deleitarme con los maravillosos monumentos que surcan cada rincón de este planeta, pero ahora mi objetivo es que este monólogo y estas imágenes sí tengan respuesta.

Tristemente la guerra llama de nuevo al este de Europa, Ucrania es el objetivo del genocida del siglo XXI y la tragedia de las familias rotas regresa a las fronteras. ¿Por qué el ser humano nunca aprenderá de su propia historia? ¿Por qué nos empeñamos en sembrar de odio y crueldad este planeta? Yo soy un joven sin poder, pero quizás si nos unimos todos los jóvenes sin poder de este planeta logremos que aquellos que siembran el terror en el mundo depongan sus armas.

Al igual que siempre, esta explanada es un ir y venir de gente como cada mañana, y la gran mayoría fija su atención en mis fotografías. Hay quien teme que todo sea un montaje y que no sean verdaderas, pero el horror y la alegría que se muestran en unas y en otras no se pueden fingir.

— ¡Qué canallas! —exclaman algunos al ver la imagen de la pobre madre de Skipy agonizar. Otros sonríen al contemplar las fotografías de la manifestación en defensa de la igualdad de la mujer. Y de esa forma los contrastes de la vida vuelven a aparecer.

Conforme transcurre el tiempo, un mayor número de gente se acerca a visitar mi urbana y espontánea exposición. Un músico ambulante se sienta en uno de los bancos y con su acordeón ameniza la fiesta, me alegra que haya música adornando mis fotografías. La música es el único idioma que hace sentir al mundo del mismo modo. Quizás si hubiera más música en cada rincón del planeta la sociedad sería mucho más feliz.

Los acosadores de mi hermana también han cruzado por la explanada y he visto como agachaban la cabeza y se colocaban una capucha para que nadie pudiese reconocerlos. La gente ha comenzado a hablar sobre lo injusto y cruel que es el acoso escolar que sufren muchos niños y por fin siento que estas fotografías y este monólogo en la oscuridad de la madrugada y con la única compañía de mi pequeño perrito, sí tienen respuesta. La respuesta de una sociedad que no puede callar ante las injusticias y que ve en la juventud su futuro, una juventud que no ha de cometer los mismos errores de sus antepasados, sino fijar en ellos sus objetivos para que no vuelvan a repetirse.

Yo soy un simple fotógrafo que pone sus imágenes al servicio del mundo, quizás sea una acción insignificante al alcance tan solo de los habitantes de mi ciudad, pero creo que, si cada joven de este planeta utiliza su arte para defender la justicia, la honestidad y la paz pronto este contraste de fotografías dejará de tener sentido, simplemente porque ese contraste ya no existirá.

Quizás el mundo que sueño sea una utopía, quizás sea un sueño que dibuja mi imaginación, un mundo donde las bombas tiren caramelos, un mundo donde los bosques no ardan, un mundo donde nadie muera sin el abrazo de una mano amiga, un mundo donde las fronteras no sean muros a los que se mira con anhelo pensando que allá a lo lejos reside el futuro y la gloria, un mundo donde las palabras mujer y hombre no marquen la senda de diferencias crueles y obstinadas. Esa es mi utopía, o quizás lo que añoro no sea un sueño sino la justicia del mundo.

Un repentino remolino de aire ha agitado mi cuerpo y ahora sí sé que desde el cielo también tengo una respuesta; aquel hombre que perdí hace trece años no me ha olvidado.